

hará andar á los paralíticos, echará los demonios, resucitará los muertos. Nada se le ocultará. Transportará los montes, caminará á pie sobre las aguas del mar, convertirá la noche en día, y el día en noche, conducirá el sol á su gusto, y, en fin, parecerá que, en realidad, es el dueño de todos los elementos.

En apariencia, pues, obrará todos los milagros que obró N. S. J. C., con la idea de eclipsar su gloria, y despojarle, en provecho suyo, de todos los honores debidos al Mesías verdadero.

Empero San Pablo ha tenido buen cuidado de advertirnos, que ese crecido número de milagros, destimbrados, serán *mentirosos* (1). Explicuemos estas palabras. Esos milagros serán mentirosos en su origen, mentirosos en su naturaleza, mentirosos en su forma, mentirosos en su objeto.

La razón y la fe nos enseñan, que solo Dios puede obrar milagros reales: *qui facit mirabilia magna solus* (2). Ahora bien; estamos advertidos ya, que el autor de esos milagros, milagros que el Anticristo pretenderá atribuir á su divinidad, será Satanás, el padre de la mentira, que no obra ni puede obrar sino falsos milagros.

La mayor parte de esos prodigios serán puras fantasmagorías, y prestigios diabólicos. Los hombres serán engañados por meras apariencias: hélo aquí todo. Por esta razón dice la Escritura, que *há milagros «á los ojos de los hombres»* (3); no añade, empero, á los ojos de Dios.

Algunos de ellos, es cierto, sobrepujarán las fuerzas humanas, y serán, materialmente, prodigiosos. Esto nada tiene de sorprendente; en la jerarquía de los seres, el hombre, naturalmente, es inferior al ángel, aún al ángel caído, que ha conservado sus cualidades naturales. Los demonios pueden obrar cosas que el hombre es incapaz de ejecutar. Pero esos actos del poder angélico, superior al nuestro, no son sino milagros relativos, y no milagros absolutos y formales, que exceden las fuerzas de todas las criaturas, y que solo el Omnipotente puede obrar. Estos últimos son los denominados de primer orden. El Anticristo no hará ni un solo milagro real de primer ór-

den, aún cuando algunos de sus prodigios, por ejemplo, la resurrección de los muertos, que *parecerá obrar*, tengan todas las apariencias de tales.

§ 3.—Sus relaciones con Satanás.

Indudablemente Satanás empleará en servicio del Anticristo todo su inmenso poder. Satanás ha sido encadenado por J. C. por mil años (1), es decir, que debe permanecer en el fondo del abismo hasta el fin del mundo; y estos mil años significan la duración de la Iglesia (2). Hoy día, el poder del demonio y de los malos está limitado; no pueden obrar todo el mal que quisieran. Está escrito, que los impíos giran en un círculo: *in circuitu impii ambulans* (3); después de haber hecho algunas evoluciones, vuelven siempre al punto de partida. La Providencia así lo ha ordenado, atendiendo á nuestra debilidad; y por lo mismo que de antemano conocemos las astucias del enemigo, podemos burlarnos de ellos fácilmente; pues Dios nos ha advertido ya, que al fin del mundo, «el ángel de las tinieblas será desencadenado por breve tiempo (4),» y que le será permitido desplegar contra la Iglesia todo su poder y todos sus artificios. Se apoderará del Anticristo (5), y se servirá de él como de un instrumento dócil y maravillosamente á propósito para seducir á los pueblos (6).

§ 4.—Justificación de la Providencia.

Empero ¿con qué señal exterior podrá reconocerse la falsedad de los milagros,

(1) Apoc. XX, 2.

(2) Algunos atribuyen á los mil años del encadenamiento de Satanás y del reinado de Jesucristo sobre el mundo un sentido más literal. Creen, que el tiempo de la *dominación social* de la Iglesia ha sido fijado en mil años, empezando en Carlomagno, y concluyendo en la era revolucionaria. En esta hipótesis, Satanás estaría hoy ya desencadenado, y prepararía los caminos del Anticristo, por medio del cual dominará el mundo. Esta opinión me parece bastante probable.

(3) Ps. XI, 9. Es el sentido que le ha atribuido Santo Tomás.

(4) Apoc. XX, 7.

(5) Damasc. lib. 4, c. 27.

(6) Véase para todas las cuestiones de demonología, concernientes al Anticristo, las excelentes obras del caballero Gougenot des Musseaux, *Coutumbres y prácticas de los demonios, etc., etc.*

que, á nuestros ojos, no difieren de los milagros reales?

Una sola señal nos resta: es su fin. Porque los milagros falsos no pueden tener otro objeto que el de persuadir al mundo una mentira palpable. Los motivos de credibilidad de la religión cristiana son de una evidencia tal, que Hugo de San Victor pudo exclamar: «Señor, si estamos en el error, la culpa es vuestra! *Domine, si error est, a teipso decepti sumus!*»

O la religión cristiana es verdadera, ó Dios no existe: no cabe término medio. Un Dios sabio, justo, y santo, no podía permitir, que lo más escogido del género humano fuese víctima de un artificio, tan perfectamente combinado, que fuese imposible descubrir en él la menor falta. Si interrogo la historia, encuentro hechos milagrosos, sobre los cuales se apoya la divinidad del cristianismo, tan plenamente comprobados, que negarlos fuera establecer el más absoluto exepcionismo histórico. La metafísica me descubre en los dogmas conveniencias admirables; la lógica, un encadenamiento maravilloso en los misterios; la moral, una armonía perfecta entre las nobles aspiraciones de nuestro corazón y la ley evangélica; la ciencia física ó natural, una concordia constante entre los datos ciertos geológicos, fisiológicos, ethnográficos, y los hechos de la Escritura á que se refieren. Luego; debemos decir con San Pablo: «aún cuando un ángel del cielo nos predicase un Evangelio diferente del que nos ha sido anunciado, sea anatema (1).»

Anatema, pues, al hombre que vendrá con una virtud maravillosa, «capaz de fascinar á los mismos escogidos,» para substituirse al Cristo que nosotros adoramos!

Sea cual fuere el prestigio que ejerciere el Anticristo en el mundo, fácil les será escapar de sus asechanzas á los que hayan conservado una razón ilustrada por la fe. ¿No nos ha advertido N. S. J. C.? Luego, solo de nosotros tendremos que quejarnos, si caemos en la seducción. La Providencia nos ha revelado muy de antemano la naturaleza y el modo de la prueba final, dejándonos entrever los designios de su justicia y de su misericordia sobre el género humano. «El Anticristo vendrá, dice San Pablo, con todas las ilusiones que pueden condu-

cir á la iniquidad á aquellos que quieran perderse. Por esto se condenarán todos los que no creyeron á la verdad, sino que se complacieron en la maldad ó injusticia (1). Ninguno de los impíos comprenderá esta conducta divina: *neque intelligent impij* (2).»

CAPÍTULO II.

LOS HECHOS.

ARTÍCULO I.—Lucha y dominación política del Anticristo.

§ 1.—El Anticristo empieza á manifestarse á los Judíos.

El Anticristo, en su calidad de judío, según la tradición común, será circunciso, observará la ley de Moisés, se presentará, en fin, como el Mesías, que Israel aguarda todavía, y «le adorarán todos aquellos cuyos nombres no están escritos en el Libro de la vida del Cordero (3).» Por esta razón N. S. J. C. dirige á los Judíos esta reprehensión: «Yo vine en nombre de mi Padre, y no me recibis; si otro viniere de su propia autoridad, á aquel le recibiréis (4).» El Salvador aludió con esas palabras al Anticristo, en opinión de San Ireneo, San Hilario, San Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo, San Juan Damasceno.

§ 2.—Conquista el mundo, y establece la sede del imperio universal en Jerusalem.

Naturalmente, el Anticristo tropezará en su camino con poderosos obstáculos. Los diez reyes, que, según Daniel, y San Juan, se habrán repartido el imperio Romano, no consentirán en ser despojados, y se opondrán á los proyectos de conquista del impostor; por cuyo motivo tendrá que sostener guerras. «Estuve yo contemplando, dice Daniel, las diez astas de la bestia, cuando hé aquí que despuntó por en medio de ellas otra asta más pequeña, y así que ella apareció, fueron arrancadas tres de las primeras astas (5). Ahora bien; estas diez astas son

(1) II Thess. II, 10 et 11.

(2) Dan. XII, 40.

(3) Apoc. XIII, 8.—Suarez, Bellarm.

(4) Joann. V, 43.

(5) Dan. VII, 8, 24.

(1) Galat. I, 8.

(1) Thess. II, 10.
(2) Ps. LXXI, 48.
(3) Apoc. XIII, 12.

diez reyes. Después de ellos vendrá otro rey, que será más fuerte que los primeros, y derribará tres reyes. Se apoderará de las tierras, especialmente del Egipto. Pasará por la Libia y por la Etiopía (1).» He aquí, acerca de esas palabras, la interpretación común de los Padres, referida por San Jerónimo: «Digamos lo que todos los escritores eclesiásticos han afirmado. Al fin del mundo, después de la destrucción del imperio, habrá diez reyes, que se dividirá entre sí los despojos del imperio Romano. Sobrevendrá un undécimo rey, débil al principio, pero que muy pronto vencerá a tres de los diez reyes, el rey del Egipto, el rey de África, y el rey de Etiopía. Después de la muerte de estos tres reyes, los otros siete se someterán al vencedor (2).» Parece probable, que sufrirá una derrota en la batalla naval que le librará ciertos pueblos occidentales, que Daniel llama Romanos (3); mas no tardará en reparar este desastre. San Ireneo y San Hipólito (4), hablan como San Jerónimo: lo cual me inclina a considerar esa interpretación de Daniel como la interpretación de Daniel como la verdad teológicamente cierta. Cuando el Anticristo habrá triunfado de todos sus enemigos, le será dada potestad sobre toda tribu, sobre todo pueblo, sobre toda lengua, sobre toda nación, y será el primer Judio que haya reinado sobre el mundo.

Dueño ya de toda la tierra, eligirá para capital, «la ciudad donde el Señor fue crucificado», esto es, Jerusalén (5). De lo contrario no lo aceptarían por Mesías los Judíos, que están siempre soñando una gloria terrestre para Jerusalén, persuadidos que esta ciudad será la sede del imperio del Mesías.

ARTÍCULO II.—Lucha y dominación religiosa del Anticristo.

§ 1.—Se declara Dios, y trata de establecer su religión en todo el mundo.

«El mundo admitirá y adorará la bestia, diciendo: ¿Quién hay semejante á la bestia? y ¿quién podrá lidiar con ella (6)?»

- (1) Dan. viii supletus.
- (2) Hieronym. in cap. XII Dan.
- (3) Dan. XI, 30.
- (4) Iren. lib. 5 hæres.; Hipp. de Antich.
- (5) Apoc. XI, 8.
- (6) Apoc. XIII, 4.

Los hombres, en efecto, siempre viles aduladores de la fortuna, estupefactos al ver la rapidez de las conquistas del Anticristo, y su inmenso poder, y seducidos por sus prodigios, se prosternarán en su presencia, y le aclamarán como Dios. Desde el instante que él se creará dueño de los cuerpos y de las almas, decretará su divinidad, y establecerá una religión nueva. «Se alzará contra todo lo que se dice Dios, ó se adora (1), y mandará a todos los habitantes de la tierra que hagan una imagen de la bestia, cuya llaga mortal fué curada (2). Se sentará en el templo de Dios, y se declarará Dios (3).» Probablemente, este templo será el de Jerusalén, que mandará reedificar, y en el cual se hará tributar honores divinos (4). Entonces será cuando, según la profecía de Daniel y en todo el rigor de la palabra, la abominación de la desolación estará en el templo de Dios y en el lugar santo (5).» Entonces será cuando se creará con facultad de mudar los tiempos de las solemnidades y las leyes ó ceremonias (6); religiosas, políticas, y domésticas que habrán regido el mundo hasta él. Mas, aunque exija que se le tribute un culto idólatrico, «el, a su vez, lo tributará al dios Maozim, dios desconocido de sus padres, y le honrará con presentes de oro, de plata, de piedras preciosas y con alhajas de gran valor (7).» N. S. J. C., como hombre, adorará á su Padre; el Anticristo adorará también al suyo, tributando honores especiales á Satanás, principal autor de su poder. En punto á la moral de su religión, es permitido creer, que eliminara de ella todo lo que disgusta á la naturaleza corrompida, con el fin de atravesar más fácilmente á los hombres (8).

§ 2.—Sus apóstoles.

Para propagar su culto, enviará mensajeros de su palabra por todo el mundo, del mismo modo que N. S. J. C. envió sus

- (1) II Thess II, 4.
- (2) Apoc. XII, 3.
- (3) II Thess II, 4.
- (4) Sedulius, Damascen. lib. 4, c. 27.
- (5) Dan. IX, 27.
- (6) Dan. VII, 23.
- (7) Dan. XI, 38, 39.
- (8) Suarez et Bellarm.

apóstoles por toda la tierra. Entre sus falsos profetas, probablemente encontrará uno, más ilustre que los otros, como dice San Ambrosio (1). San Juan lo describe de esta suerte: «Vi después otra bestia que subía de la tierra, y que tenía dos cuernos, semejantes á los del Cordero; mas su language era como el del dragon (2).» Además, el Apocalypsi parece designar tres personajes diferentes en este paseo: «Y vi salir de la boca del dragon y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos en figura de ranas (3).» El dragon, la bestia y el falso profeta significan Satanás, el Anticristo y el apóstol principal del Anticristo; estos tres personajes mandan á los demas demonios. En la redención verdadera obrada por N. S. J. C. figuran las tres personas divinas: el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo; el Hijo adora al Padre, y el Espíritu Santo glorifica al Hijo. En el misterio de iniquidad, vemos, por el contrario, que el Anticristo adora á Satanás, y el falso profeta glorifica al Anticristo. Así, pues, todo induce á creer, que ese falso profeta será una persona determinada y no un término colectivo, que signifique la universalidad de los predicadores del Anticristo. Pudiera también añadirse, que no será un rey, ni un general de ejército, sino un apóstata ilustre, revestido de la dignidad episcopal. De apóstol del Evangelio, pasará a ser el primer predicador del falso Mesías. Estas conjeturas no carecen de cierta verosimilitud (4). El Anticristo comunicará la facultad de hacer milagros á sus emisarios, que irán por todas partes á conquistarle adoradores, haciendo todos los medios humanos y diabólicos que están á su disposición (5). De esta suerte se cumplirán estas palabras de N. S. J. C. en el Evangelio: «Aparecerán falsos profetas y harán alarde de grandes maravillas y prodigios; por manera, que aún los escogidos, si posible fuera, caerían en error. Ya veis que yo os lo he predicho. Así, aunque os digan: El Cristo está aquí ó allí, no los creáis. He aquí que está en el desierto: no hayais

- (1) In Apoc.
- (2) Apoc. XIII, 11.
- (3) Apoc. XVI, 13.
- (4) Acosta, lib. 2, c. 47.
- (5) Acosta, lib. 2, c. 16.

allí (1).» ¡Ay de los apóstoles que han cerrado «sus oídos á la verdad, y los aplican á las fábulas (2).» Blasfeman de la magestad, menosprecian la autoridad verdadera. «Olas bravas de la mar, nubes sin agua, llevadas de aquí para allá por los vientos, exhalaciones errantes, á quienes está reservada una tenebrosísima tempestad, que ha de durar para siempre (3).»

El Anticristo hará que todos los hombres, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, tengan una marca en la mano derecha ó en la frente (4). ¿Cuál será esta marca distintiva de la religión nueva? El tiempo lo dirá (5).

«Ninguno podrá comprar, ó vender, sino aquel que tenga la marca (6). Y a los que le reconocían por su Dios, é les colmará de honores, y de riquezas, y les dará autoridad sobre muchos, y les repartirá gratuitamente la tierra (7).»

§ 2.—Persecución religiosa del Anticristo.

I.

GOG Y MAGOG.

Cuantos rehusen someterse á los órdenes impías del Anticristo, serán víctimas de una persecución terrible y universal.

«Gog y Magog se desencadenarán contra la Iglesia, y sus huestes se extenderán sobre la redondez de la tierra, y cercarán los reales ó acampamento de los santos, y la ciudad amada de Dios (8).» ¿Que debe entenderse por estos nombres: *Gog, y Magog?* Los Judíos creen, que Gog será el Anticristo, y Magog los pueblos septentrionales. Al advenimiento del Mesías, se dirigan á la Palestina, y harán una carnicería tal, que, durante siete años, los habitantes de ese desventurado país se verán obligados, para

- (1) Matth. XXIV, 23, y seq. Marc. XIII, 23.
- (2) II Tim. IV, 4.
- (3) Judas 13—II Pet. II, 17.
- (4) Apoc. XIII, 16.
- (5) Algunos comentaristas, bajo la fe de una revelación particular, pretenden, que esta marca formarán las letras X B. entrelazadas, cuya figura se parece á la cruz de Cristo. (Corn. a Lepid. in epist. 11 ad Thess.)
- (6) Apoc. XIII, 17.
- (7) Dan. XI, 29.
- (8) Apoc. XX, 7.

hacer fuego, á quemar los trozos de las lanzas, y los escudos que habrán quedado en el campo de batalla. Pero que, pasadas esas calamidades, empezará la edad de oro para la tierra. Esta interpretacion talmúdica de Ezequiel, no necesita ser refutada (4). Segun algunos autores eclesiásticos (2), el combate de Gog y Magog, se verificará mil años despues de la muerte del Anticristo. Durante estos mil años, reinará J. C. en el mundo, juntamente con los santos, en medio de los fieles, sino convertidos, á lo ménos sometidos: Mas discurridos que sean esos años, Gog y Magog aparecerán en la tierra, y harán una guerra atroz á los Santos. A esta guerra seguirá el fin del mundo y el juicio universal. Este es, como se vé, el error de los Milenaristas; error hace tanto tiempo confutado por los Padres más autorizados, San Agustín, San Jerónimo, etc. Es probable que debe entenderse por Gog y Magog, el combate del Anticristo contra la Iglesia. Gog será el mismo Anticristo, y Magog su ejército (3). Pues Ezequiel (4), designa siempre á Gog como un jefe, y á Magog como una region. Magog, es verdad, se refiere especialmente á la Escitia. En el Génesis (5), el hijo segundo de Jafet es llamado Magog, cuyo nombre llevó tambien la comarca ocupada por sus descendientes; y esta comarca, segun Josefo, es la Escitia. Ese nombre empleado para designar el ejército del Anticristo, puede significar que será compuesto de pueblos septentrionales, ó más bien, que sus soldados se distinguirán por la inhumanaidad propia de aquellos pueblos bárbaros.

II.

SU ATROCIDAD.

Nada puede darnos una idea de la extension, de la atrocidad y de los efectos de esta horrible persecucion. «Estaba yo observando, y hé aqui, que aquella asta, hacia guerra contra los santos, y prevalecia sobre ellos (6); fuéle tambien permitido á la

(1) Apud. Hieronym. in cap. 28. Ezech.
(2) Apud. Euseb. lib. III hist. c. ultim.; Lactant. lib. c. 44, 26.
(3) Bellarm.
(4) Ezechiel, XXXVIII et XXXIX, pessim.
(5) Gen. X, 2.
(6) Dan. VII, 21.

bestia el hacer guerra á los santos, y vencerlos (1). Atropellará los santos del Altísimo (2), y hará que todos cuantos no adoren la imagen de la bestia sean muertos (3). Entonces la verdad será oprimida: la Iglesia verá la apostasia de una gran parte de sus hijos; y, en el dolor de esta suprema agonia, exclamará con el divino Maestro: «¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué me has desamparado (4)?»

Entonces, tambien, de órden del tirano, será quitado el sacrificio perpetuo (5); la victima santa no será más ofrecida públicamente sobre el altar: las iglesias serán devastadas, profanados los vasos sagrados, los ministros y los sacerdotes dispersados y condenados á muerte. La belleza de la nueva Sion no existe ya! Sus sacerdotes gimen, sus calles lloran, porque nadie asiste á las solemnidades del Cordero (6). La Iglesia ha vuelto á entrar en las catacumbas!

Al mismo tiempo el terror dominará á todos los fieles: pues nada se habrá visto, que se parezca á la ferocidad de la bestia, que perseguirá á la Iglesia. «La bestia que vi, dice San Juan, era semejante á un leopardo, y sus pies como los de oso, y su boca como la de leon (7).» «Aquellos que se negaran á obedecerle, dice San Hipólito (8), perecerán entre torturas inexplicables, en medio de atroces tormentos, causados por suplicios inusitados, y de los cuales nunca se habrá oido hablar, ni se habrá visto hasta entonces.» Al terror de los suplicios añadirán los perseguidores el prestigio de los milagros. A este propósito, San Gregorio, estopefacto, exclama (9): «¡Qué horrible tentacion para el corazon humano! ¡Hé aqui un mártir, que entrega su cuerpo á los tormentos, al mismo tiempo que vé hacer milagros al verdugo! ¡Qué virtud no ha de vacilar en vista de semejante espectáculo? ¡Ay, pues, de la tierra, y del mar! En aquellos tiempos funestos vendrá el demonio, lleno de furor, sabiendo que le queda

(1) Apoc. XIII, 9.
(2) Dan. VII, 25.
(3) Apoc. XIII, 15.
(4) Matth. XXVII, 46; March. XV, 34.
(5) Dan. XII, 11.
(6) Jerem. Thren.
(7) Apoc. XIII, 2.
(8) Lib. de Anticristo.
(9) Lib. 3.^o moral. cap. 42.

poco tiempo (1); y serán tales las tribulaciones de aquellos dias, cuales no se han visto hasta el presente, ni se verán.

III.

SU DURACION.

«A no abreviarse aquellos dias, ninguno se salvaria; mas acortarse han por amor de los escogidos (2).» Si; á fin de que los fieles no desfallezcan, Dios tiene determinados los años, los meses, los dias que ha de durar la última persecucion.

Ignórase en cuanto tiempo el Anticristo someterá al mundo: conjeturamos, sin embargo, que sus conquistas serán rápidas. Empero, Daniel nos dice, que desde la abolicion del sacrificio perpetuo, principio de la persecucion religiosa, «serán dejadas al arbitrio del impio todas las cosas por un tiempo, dos tiempos, y la mitad de un tiempo (4); y lo repite en el capítulo XII; y San Juan emplea las mismas palabras para marcar el tiempo que la muger, figura de la Iglesia, pasará en el desierto (5). Pues bien; San Jerónimo (6) enseña, que esta palabra: un tiempo, significa ordinariamente en la Escritura un año. La segunda expresion, *tempora*, significa dos tiempos, porque el texto hebreo y el texto griego tienen el *dual*. Así pues, las palabras del texto sagrado deben ser interpretadas de esta manera: un año, dos años, y la mitad de un año; lo cual suma tres años y medio. Además, la determinacion del número de meses, quita todas las dificultades acerca del particular. «La ciudad santa ha de ser hollada cuarenta y dos meses (7):» que equivalen á tres años y medio. Finalmente, para no dejar ninguna duda, Dios mismo ha revelado el número de dias que durará la persecucion. «La abominacion de la desolacion,» desde el tiempo en que será quitado el sacrificio perpetuo, debe durar, segun Daniel, *mil doscientos y nueve dias* (8); en su-

(1) Apoc. XII, 12.
(2) Matth. XXIV; Marc. XIII, 40; Dan. XII, 1.
(3) Matth. XXIV, 22; Marc. XIII, 20.
(4) Dan. VII, 25.
(5) Apoc. XII, 14.
(6) Cap. VII, 4.
(7) Apoc. XI, 2.
(8) Dan. XII, 11.

ma: tres años y medio, y algunos dias, á lo más. No cabe duda, pues, que esta terrible prueba durará tres años y medio.

§ 2.—Lucha contra las congregaciones religiosas.

I.

LUCHA CONTRA LAS SOCIEDADES RELIGIOSAS DE ORIGEN HUMANO.

Los cismáticos, los hereges, los paganos serán débiles, y temblarán en presencia del formidable enemigo de Dios: se convertirán á la Iglesia católica, ó se someterán á las órdenes del impio.

II.

LUCHA CONTRA LA IGLESIA CATÓLICA, LA ÚNICA SOCIEDAD RELIGIOSA DE ORIGEN DIVINO.

Durante esos tres años y medio, indudablemente la Iglesia católica será desolada, mas no será vencida, porque Dios, fiel en sus promesas, ha prometido, que «las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (1).» ¿Qué espectáculo tan sublime! ¡El hombre, el sér inteligente más débil, y más miserable de la creacion, luchando con la primera de las puras criaturas, con Lucifer desencadenado! ¡Y el hombre, con el auxilio de la gracia, saldrá vencedor de esta lucha gigantesca! Entonces será cuando la gracia aparecerá en toda su grandeza y su eficacia; porque Dios no abandonará á su Iglesia desarmada en presencia de tal enemigo; al contrario, la sostendrá con auxilios interiores y exteriores.

III.

AUXILIOS ORDINARIOS CONCEDIDOS POR DIOS Á LA SANTA IGLESIA CATÓLICA: RESISTENCIA HEROICA DE LA ESPOSA DE CRISTO.

Dios alumbrará]más perfectamente el espíritu de sus fieles servidores, fortalecerá su voluntad, y le comunicará una fe y una paciencia, que San Juan celebra ya en el Apocalypsis: *Hec est fides et patientia sanc-*

(1) Matth. XVII, 18.

torum (1) Entre los socorros exteriores, hay que colocar en primera línea, la santa Escritura, que será el baluarte de la Iglesia contra los artificios del impostor; pues en sus páginas se encontrará la predicción y la explicación de todo lo que acontecerá entonces en el mundo. Por esta razón se ha dicho: «que los verdaderos doctores comprenderán los misterios del fin de los tiempos, mientras que los impíos no entenderán nada, y continuarán por el camino de su impiedad (2).»

Dios, que concede siempre a su Iglesia los hombres que necesita, según las circunstancias de los tiempos, ora apóstoles de celo ardiente, ora mártires de un valor heroico, ora doctores, astros brillantes, suscitará en aquella época una falange de hombres extraordinarios, que reúnan en su persona todas las cualidades y todas las virtudes de los santos de todas edades. «¿Qué somos nosotros, dice San Agustín, si nos comparamos con los santos y los fieles de los últimos tiempos, puesto que, para probarlos, Dios desencadenará un enemigo contra el cual, aun encadenado, no podemos combatir sin correr grandes peligros (3)?; Bienaventurados aquellos que vencerán a tal tirano! exclama San Hipólito (4); serán, hay que confesarlo, unos héroes más ilustres que cuantos los precedieron. Porque los primeros mártires no triunfaron sino de los satélites del demonio; pero ellos triunfaron del hijo de perdición. ¡Qué de elogios, qué de bellísimas coronas les otorgará nuestro Rey N. S. J. C.!» Siendo la Iglesia un ejército formado en batalla (5), muy justo es, que J. C., su capitán, haya reservado sus mejores soldados para sostener el choque más terrible. «Así es, que el pueblo, que reconoce a su Dios, se mostrará firme, y alcanzará la victoria. Y los sabios del pueblo iluminarán a mucha gente, haciéndose víctimas de la espada, del fuego, del cautiverio, y de la rapina ó saqueo, que durará muchos días; y perecerán cárticos de los sabios, para que sean crisos-

(1) Apoc. XIII, 13.

(2) Dan. XII, 10.

(3) Lib. 20, de civit. c. 8.

(4) De consens. mund.

(5) Cant. VI, 9.

lados, y blanqueados hasta el tiempo señalado (1).»

No sólo los santos, sino también los ángeles volarán para alentar a la Iglesia en esta grande tribulación. «En aquel tiempo, dice Daniel, se levantará contra el enemigo, Miguel, príncipe grande, y peleará a favor de los hijos de tu pueblo (2).» San Juan nos representa a Miguel, luchando, con sus ángeles, contra el dragón desencadenado (3). Finalmente, Dios mismo debe preparar en el desierto un retiro a la Iglesia perseguida (4). Lo cual significa, probablemente, que la Providencia no permitirá a los demonios, aunque poderosos en las demás partes de la tierra, revelar a los emisarios del Anticristo, los lugares donde permanecerán ocultos un considerable número de cristianos, fieles a su Dios, pero, tal vez, sin estar dotados de la fortaleza necesaria, para hacer frente a los peligros de tan terrible persecución. Los socorros de que acabamos de hablar, serán, sin duda, más eficaces, más abundantes en la última época; aún cuando, en su esencia, sean comunes a todas las edades de la Iglesia (5). De esta suerte, Dios, que abarca fuertemente todas las cosas, y las ordena con suavidad (6), destina a su Esposa muy amada, para el tiempo de sus más dolorosas pruebas, un

(1) Dan. XI, 32 et seq.

(2) Dan. XII, 1.

(3) Apoc. XII, 7.

(4) Apoc. XII, 14.

(5) Ignoro hasta que punto merece ser una predicción que se atribuye a San Francisco de Paula, fundador de los Mínimos. Según Montoya, este santo escribió las palabras siguientes a Simón de Liméne, señor de Montalto: «Uno de vuestros descendientes será el fundador de un nuevo orden religioso, subdividido en tres ramas y compuesto de caballeros, de sacerdotes y hospitalarios. Este será el último de los Ordenes religiosos, y prestará a la Iglesia el servicio más grande. Destruirá la secta maldita de Mahoma y todas las heregías, y no habrá más que un solo pastor y un solo rebaño. En todo el mundo solo habrá doce reyes, y un solo emperador, un gran Pontífice, y algunos pocos príncipes, santos todos.» En otras cartas, el mismo Santo llama a este nuevo orden: «El Orden de los Cruciferos.» Lucas Montoya in *Chronis. ord. Minimorum*.

(6) Sap. VIII, 1.

auxilio extraordinario é inaudito: la venida de Elias y Enoch.

IV.

AUXILIOS EXTRAORDINARIOS. ELIAS Y ENOCH
¿VIVEN AUN?

Es de fe, que Elias y Enoch no han muerto; pues la Escritura nos lo asegura formalmente. Leemos en el Génesis: «El proceder de Enoch fué según Dios; y siguió caminando en pos de Dios, y desaparecióse: porque Dios le había trasladado (1).» «Enoch agradó a Dios, dice el Sabio, y fué trasladado al paraíso (2).» «Por la fe, añade San Pablo, fué trasladado Enoch de este mundo para que no muriese, y no se le vió más (3).» En lo que concierne a Elias, las palabras de la Escritura son aún más claras. «Proseguen su camino andando (Elias y Eliseo) y hablando entre sí, cuando bé aquí que un carro de fuego, con caballos también de fuego, separó de repente al uno del otro; y Elias subió al cielo en un torbellino (4).» El Eclesiástico y el primer libro de los Macabeos aluden al mismo hecho (5). Todos los Padres están de acuerdo acerca de este punto, y lo enseñan como de tradición apostólica. Citaremos únicamente a San Ireneo: «Los discípulos de los Apóstoles dicen, que los que han sido arrebatados de este mundo y trasladados al paraíso terrestre, donde permanecerán hasta el fin, se conservan incorruptibles (6).» Los teólogos aducen muchas razones de la conveniencia de esta favor insigne. Según ellos, Dios ha querido conservar a esos dos varones por espacio de tantos siglos, para manifestar la posibilidad de la permanencia indefinida del hombre sobre la tierra, y para confirmar la fe en la resurrección general: porque, como lo veremos más adelante, «ellos morirán y resucitarán» antes del juicio final.

(1) Gén. V, 22.

(2) Eccli. XLIV, 16.

(3) Hebr. XI, 5.

(4) IV. Reg. II, 11.

(5) Eccli. XLXIII, 13.—Mach. II, 38.

(6) Lib. IV, c. 20.

V.

CONJETURAS ACERCA DEL LUGAR DE SU ACTUAL RESIDENCIA Y DE SU GÉNERO DE VIDA.

¿Dónde están? Nadie lo sabe. El Eclesiástico dice en términos precisos, «que Enoch fué trasladado al paraíso (1),» de cuyas palabras han deducido ciertos Padres (2), que habita en el Paraíso terrenal; empero, esta palabra *Pariso* es ambigüosa, y puede significar un lugar cualquiera de descanso y agradable; pues, parece cierto, que el Paraíso terrenal no existe ya, especialmente después del diluvio. Algunos Padres, entre ellos San Jerónimo (3), creen que esos dos patriarcas fueron trasladados en alguno de los cuerpos celestes: de esta suerte explican ellos la súbita traslación de Elias «al cielo.» Empero, puede entenderse por el *cielo*, de que habla la Escritura, la *atmósfera*, que rodea la tierra. Porque es lo más probable, que fueron trasladados a un lugar de la tierra todavía ignorado, paraíso delicioso, que no será descubierto hasta el fin del mundo (4).

Preguntase, naturalmente, cómo viven en ese lugar desconocido. Es cierto que ambos patriarcas no han sido a un glorificados. Ellos conocen a Dios como nosotros lo conocemos, por la idea abstracta que se suministran la razón y la fe, ó por la contemplación: más no le ven cara a cara, como los escogidos. Su carne no ha adquirido todavía las cualidades gloriosas de los cuerpos resucitados; porque, para ello, deben morir antes. Sin embargo, no es de presumir, que su vida sea del todo semejante a la nuestra. Como dice San Agustín (5), «su vida no es la del cielo ni la de la tierra.» No se hallan en el estado de viadores; pues es prohibisísimo, que su poder de merecer, ha quedado suspendido hasta su regreso a la vida ordinaria. Enseña San-

(1) Eccli. XLIV, 16.

(2) Ireneo. lib. 5 c. 5.—Justin. martir. quaest. 83, ad orthodox.

(3) In Amos, 8.

(4) Suárez, de myst. vit. Chr.

(5) De peccat. merit. 3.

to Tomás, que se alimentan actualmente de los frutos del árbol de la vida, alimento de Adán antes de su pecado. Podría decirse más bien con San Jerónimo (1), «que desde su traslación se alimentan espiritualmente y su carne está espiritualizada. No tienen necesidad, como antes, de ser alimentados por cuervos: poseen un alimento espiritual, especie de ambrosia misteriosa y de alimento incorruptible, que Dios les procura.» Esta opinión de San Jerónimo es muy probable: porque ese género de alimento es el más conveniente a aquellos que no viven sino de las palabras que salen de la boca de Dios, y no se dedican, dice San Bernardo (2), sino a la contemplación, al amor, y a recogerse en Dios. Si es cierto que no pueden desmerecer, ó bien, que están confirmados en gracia, y no sienten ya, los movimientos desordenados de la concupiscencia, no lo es menos, que con frecuencia son visitados por Dios y por los ángeles en su retiro, y que reciben frecuentes revelaciones. ¿Pueden ellos ignorar el cumplimiento de los misterios de la Encarnación y de la Redención? ¿No sabemos que Elias asistió á la Transfiguración de N. S. J. (3)? Es probable, tambien, por consiguiente, que saben lo que aconteció en el mundo, y que por él se interesen. Muchos milagros (4), obrados por la intercesión de Elias, prueban que no son completamente extraños á los acontecimientos humanos.

VI.

DE COMO ELIAS Y ENOCH VOLVERÁN AL MUNDO,
PARA COMBATIR AL ANTICRISTO.

Negar el futuro advenimiento personal de estos dos patriarcas, fuera, en sentir de Belarmino y Suarez, caer probablemente en herejía, y, de seguro, en error; porque la Escritura nos enseña, en cuatro pasajes diferentes, que volverá. Hé aquí los que se refieren á Elias: «Yo os enviaré el profeta Elias, antes que venga el día grande y tremendo del Señor: y él reunirá el co-

(1) Epist. ad Panmach.

(2) Serm. 6 de ascens. Domini.

(3) Matth. XXII, 3.—Matth. IX, 3.—Luc.

IX, 3.

(4) Apud speculum Carmeli.

razón de los padres con el de los hijos, y el de los hijos con el de sus padres (1).» El Eclesiástico, hablando de Elias, se expresa en los términos siguientes: «Tu estás esquioto en los decretos de los tiempos venideros para aplacar el enojo del Señor, reconciliar el corazón de los padres con los hijos, y restablecer las tribus de Jacob (2).» En fin, leemos en el Evangelio: «Elias ha de venir; y entónces restablecerá todas las cosas (3).» En punto á la vuelta de Enoch, solo una vez habla de ella formalmente la Escritura, en el libro del Eclesiástico: «Enoch dice, agradó á Dios, y fué trasladado al paraíso para predicar á las naciones la penitencia (4).»

El Apocalypsi no nombra á Elias ni á Enoch, pero deja entrever sus nombres, cuando habla de los «dos profetas,» adversarios del Anticristo (5).

Elias y Enoch vendrán en persona, y no por su espíritu y su virtud solamente. Tal es el sentido obvio de las santas letras, y así lo han interpretado todos los Padres. En efecto; ¿por qué Dios les habría sustraído de la condición común, y les dejaría vivir tan largo tiempo, sino tuviera el designio de confiarles una misión extraordinaria al fin del mundo? Y además; ¿no será conveniente, que, en pleno día, se manifieste á los hombres, cuya fe empezará á vacilar, la identidad de origen de la ley natural, de la ley escrita, y de la ley de gracia, enviando dos varones de las primeras edades, para que tributen homenaje á la fidelidad y á la veracidad de nuestro Dios?

VII.

¿QUÉ DEBE PENSARSE DE LA VUELTA AL
MUNDO DE MOISÉS, DE JEREMIAS, Y DE
SAN JUAN EVANGELISTA?

Algunos Padres y ciertos teólogos han pensado, que Moisés, Jeremias, y San Juan Evangelista volverán tambien á la tierra antes del fin del mundo.

(1) Malach. IV, 5.

(2) Eccl. XLVIII, 10.

(3) Matth. XVII, 16.

(4) Eccl. XLIV, 16.

(5) Apoc. XI, 3 et seq.

Hé aquí algunas de las razones en las cuales apoyan su opinión.

San Hilario (1), otro de los partidarios de la vuelta de Moisés, pretende, que este profeta no ha muerto todavía; y supuesto que fué testigo en el monte Tabor de la gloria del Salvador, en su primer advenimiento, debe serlo tambien en su segunda venida. Mas estas razones no parecen convincentes. ¿Acaso no nos dice el Deuteronomio, que Moisés murió, y que los hijos de Israel lloraron su muerte por espacio de treinta dias (2)?

Algunos autores eclesiásticos (3) creyeron, que Jeremias tendría un destino semejante al de Enoch y de Elias, porque, debiendo profetizar á los gentiles (4), no lo ha hecho todavía, y porque la Escritura no refiere su muerte. Empero puede contestarse, que predicó en realidad á los Gentiles, predicando á los hijos de Israel dispersos en Babilonia y en Egipto. Si nada dice la Escritura de su muerte, ¿es esta una razon suficiente para suponer que vive aún? La tradición (5) por ventura, ¿no nos dice, que fué apedreado en Egipto, y que su sepulcro era muy venerado en ese pais?

La opinion concerniente á la vuelta de San Juan Evangelista, cuenta con algunas excelentes razones en apoyo suyo. Hélas aquí: Nuestro Señor dijo á San Pedro, hablando del discípulo amado: «Si yo quiero que así se quede hasta mi venida, á ti, qué te importa (6)?» Además; los hijos del Zabedeo debían morir mártires: «Mi cáiz si que lo beberéis (7).» Ahora bien; consta que San Juan no fué martirizado. Por consiguiente, no habiéndose cumplido la profecía, puede presumirse que está reservado al Anticristo el condenarle á muerte; porque no cabe atribuir á ningún otro motivo la dilación de su martirio. En el Apocalypsi, un ángel dice á San Juan: «Es necesario que de nuevo profetices á las naciones, y pueblos, y lenguas, y á muchos reyes (8).»

(1) Cap. 20 in Matth.

(2) Deuter. XXXIV, 5, 6, 8.

(3) Victorin. in expos. cap. Apoc. et apud

Hilari. cap. 20 in Matth.

(4) Jerem. XXV, 30.

(5) Epiphani. lib. de prophet. vit. Didor. lib. de vita et morte Snet; Dorhen. in Synopsi.

(6) Joann. XXI, 22.

(7) Matth. XX, 23; March. X, 39.

(8) Apoc. X, 11.

Esta predicción tampoco se ha realizado: su cumplimiento ha sido aplazado sin duda para el fin del mundo. Añádanse á estas razones, que no tenemos esqueletos del cuerpo de este santo apóstol, y que se refieren cosas singulares acerca de su fin. Se encorró vivo, se dice, en un sepulcro, y ordenó á los que le rodeaban, que se retirasen. Cuando sus discípulos volvieron al día siguiente, no encontraron al apóstol, ni se ha tenido de él noticia alguna en lo sucesivo. Estos detalles inducen naturalmente á suponer, antes bien la desaparición, que la muerte de San Juan. Por otra parte, esta opinion no deja de tener á favor suyo algunas razones de conveniencia. Puesto que los hombres de los últimos tiempos tendrán la ventaja de poseer dos testigos, el uno, de la ley natural; el otro, de la ley antigua; ¿por qué no habrían de tener tambien un testigo ocular de la ley de gracia? Y ¿qué mejor que San Juan para llenar esta misión? ¿No vivió en íntima familiaridad con el divino Maestro? Y ¿qué más á propósito que él, para tributarle testimonio, y desenmascarar los artificios del Anticristo, cuyo funesto reinado tan de antemano ha predicho? Todas estas razones inclinan á San Hipólito (1), San Ambrosio, Simeon Metafrasio (2) y á algunos otros, á abrazar esta opinion.

Si embargo, preciso es confesar, que la opinion contraria parece más probable.

Eusebio, San Jerónimo, Tertuliano, San Agustín, San Isidoro, San Epifanio (3), enseñan unánimemente, que San Juan murió como los demás apóstoles. El Concilio ecuménico de Efezo (4), San Juan Crisóstomo, y el papa San Celestino hablan de las reliquias de su cuerpo. Si no poseemos hoy estas reliquias, hay que atribuir su pérdida á las vicisitudes de los tiempos.

El texto del Evangelio en que se apoya la opinion, de que San Juan volverá al mundo, puede interpretarse de otra manera. Por ejemplo, es susceptible de esta interpretación: Yo quiero que se quede aquí hasta que yo vuelva para destruir á Jerusalem.

(1) De cons. mundi. Ambros. in Luc. 7.

(2) In vita Joann.

(3) Euseb. lib. III, Hist. c. 31.—Hieron. lib. de scriptur. eccl. contra Jovin.—Tertul. lib. de Anim. 20.—Aug. serm. 519 de tempore.—Ibid. lib. de Vila et obitu Sneti.—Epiph. barros 78.

(4) Conc. Ephes. II, c. 14.—Celestino. Papa in epist. ad Ephes. Conc.

Tal es el sentido que da á ese texto Teofílicto. Estas palabras de N. S. J. C. pueden tambien entenderse condicionalmente, de esta suerte: *Y aún cuando yo quisiera que este discípulo se quedase en este mundo hasta mi último advenimiento; á tí qué te importa?* Así lo explican San Juan Crisóstomo, y S. Cirilo. Por último, es posible que el Salvador quisiera decir, que su intención era dejar á San Juan *permanecer tal*, es decir, al abrigo de una «muerte violenta», á hasta que viniese él á visitarle, ó con otras palabras, *hasta su muerte*; pues con frecuencia en la Escritura, la muerte es llamada *visita* (1) de J. C. En efecto, el «mundo termina con la muerte para cada uno de nosotros (2);» y el juicio general no será otra cosa, que una confirmación del juicio particular. Tal es la opinión de San Agustín, del venerable Beda y de Santo Tomás. La profecía, que se refiere al martirio del Apóstol, se cumplió el día en que, en Roma, fué metido en una tina de aceite hirviendo. Salió de ella vivo y sano, es cierto; mas para ello fué preciso un milagro. Desafió un suplicio capaz por sí, de dar la muerte, lo que basta á los ojos de Dios y de la Iglesia para merecer la palma del martirio. Por este motivo la Iglesia le concede con frecuencia en la liturgia sagrada, ese título glorioso. En cuanto á la otra profecía, no cabe la menor duda de que fué realizada durante la vida de San Juan: desonnes de haber escrito su Apocalypsi, evangelizó de nuevo en el Asia menor. Finalmente, para refutar la razon de conveniencia alegada, puede contestarse, que los testigos de la ley de gracia son en tanto número, y su testimonio tan cierto y tan brillante, puesto que lo sellaron con su sangre, que no parece necesario, ni aún útil el multiplicarlos. En todo caso ¿no pudiera calificarse á Elias de testimonio ocular de la Ley de Gracia, puesto que vio al Salvador transfigurado?

Luego, es más que probable, como lo hace suponer el Apocalypsi, que Dios no ha reservado sino dos hombres del mundo antiguo para defender y consolar á la Iglesia en su última persecucion.

(1) Joann. XIV, 12, 18, 20.
(2) Aug. epist. 86 ad Hesych.

VIII.

MISION DE ELIAS Y DE ENOCH.

En la cuna de la Iglesia, san Pedro y san Pablo recibieron cada uno de por sí una mision particular, aunque no exclusiva: san Pedro fué destinado, como apóstol, á evangelizar en especial á los Judíos; y san Pablo, en la misma calidad de apóstol, debía predicar el Evangelio principalmente á los Gentiles (1).

En los últimos tiempos dos nuevos profetas se repartirán tambien el mundo para evangelizarlo.

Enoch, evangelizará en particular á las naciones, en las cuales resinará la fe y la caridad: porque «fue escogido para predicar al fin del mundo á las naciones la penitencia (2).» Elias, judío de nacimiento, «debe restablecer las tribus de Israel» es decir, convertir á los Judíos (3).

IX.

CONVERSION DE LOS JUDÍOS.

Acerea de este punto, puede preguntarse: ¿cómo conciliar estas dos profecias, tan contradictorias al parecer: El Anticristo será recibido de los Judíos; Elias convertirá á los Judíos?

Facil es contestar con el auxilio de la distincion, que nos suministra la misma Escritura: «En aquel tiempo, entre los de tu pueblo, será salvado todo aquel que se hallare escrito en el Libro de la vida (4). Adoraron la bestia todos los habitantes de la tierra, y aquellos cuyos nombres no estan escritos en el Libro de la vida del Cordero (5).» Segun estas palabras, una parte de los Judíos permanecerá, pues, obstinada, y se adherirá al Anticristo; la otra parte, más numerosa, tal vez, escuchará la voz de Elias, y se convertirá.

Esta conversion final de los Judíos está anunciada en otra parte de la Escritura. Oigamos á Oseas: «Los hijos de Israel mu-

(1) Galat. XI, 8.
(2) Ezech. XLIV, 16.
(3) Ezech. XLVIII, 10.
(4) Dan. XII, 1.
(5) Apoc. XIII, 8.

cho tiempo estarán sin rey, sin caudillo, sin sacrificios, sin altar, sin Ephod, y sin Theuraphines, ú *cráculos*, y despues de esto, volverán los hijos de Israel en busca del Señor Dios suyo, y del descendiente de David, su Rey y Salvador; y buscarán con santo temor y respeto al Señor y á sus bienes en el fin de los tiempos (1).» Lo mismo predice Moisés: «En los últimos tiempos, le convertirás al Señor Dios tuyo, y oirás su voz; porque el Señor Dios tuyo es un Señor lleno de misericordia (2).» San Pablo habla de la misma manera: «¿Per ventura ha desechado Dios á su pueblo? no por cierto (3).» «Una parte de Israel, dice en otra parte, ha caído en la obcecacion, hasta tanto que la plenitud de las Naciones haya entrado en la Iglesia: entonces *salcarase* há todo Israel, segun está escrito (4).» En vista de palabras tan claras, tan formales, del texto sagrado, san Agustín y san Gregorio (5), no vacilan en afirmar, que esta conversion de los Judíos es una *verdad de fe*.

X.

MILAGROS Y COMBATES DE LOS DOS PATRIARCAS.

Para llenar su mision con mas eficacia, los dos santos patriarcas estarán revestidos del poder del Altísimo.

Hé aquí, lo que acerca del particular, dice san Juan en el Apocalypsi: «Yo daré órden á dos testigos míos, y harán oficio de profetas, cubiertos de sacos *ó hábitos de penitencia*. Estos son dos olivos y dos candeleros puestos en la presencia del Señor de la tierra; y si alguno quisiera maltratarlos, saldrá fuego de la boca de ellos, que devorará á sus enemigos, pues así conviene sea consumido, quien quisiera hacerles daño. Los mismos tienen poder de cerrar el cielo, para que no llueva en el tiempo que ellos profetizarán; y tienen tambien potestad sobre las aguas para convertir las en sangre, y para afligir la tierra con toda suerte de plagas siempre que quisieren (6).»

(1) Ose. III, 4.
(2) Deut. IV, 30.

(3) Rom. XI, 1.

(4) Rom. XI, 25 et seq.

(5) Lib. 20 de Civitate c. 89.—In prim. lib. Reg. c. 2 et 30.—Moral. c. 23. Super Cant. c. 6

(6) Apoc. XI, 3 et seq.

Así es como traerán un alivio eficaz y poderoso á los males de la santa Iglesia, en aquellos tiempos de desolacion.

San Pedro y san Pablo no vacilaron en ir á anunciar el Evangelio en Roma, capital de la idolatría. Los dos profetas de los últimos dias vendrán tambien intrépidamente á atacar al enemigo de Cristo en Jerusalem, centro de su imperio; asercion que, al parecer, se desprende de las palabras del Apocalypsi (1), que los representa muriendo en esta ciudad.

XI.

¿CUÁNTO DURARÁ SU PREDICACION?

La mision de Elias y de Enoch durará mil docientos sesenta dias (2), es decir, tres años, cinco meses y quince dias, ó en otros términos, cerca de tres años y medio, que es tambien con poca diferencia, el tiempo que ha de durar el reinado del Anticristo. La aparición del Anticristo, y la de los dos patriarcas, serán, y probablemente, simultáneas: la Escritura, la tradición, los Padres, todo induce á creerlo así.

XII.

SU MARTIRIO.

«Mas, despues que concluyeren de dar su testimonio, la bestia moverá guerra contra ellos, y los vencerá.» Aceptecerá con estos dos santos apóstoles, lo mismo que aconteció con el mismo N. S. J. C. Por el espacio de tres años su persona fué inviolable: sus enemigos enviaban soldados para prenderle (3); querian apedrearle (4), precipitarle de lo alto de una roca (5); mas su furor espiraba siempre impotente á sus pies, porque no habia llegado aún la hora de su muerte (6). Empero, un día se dejó prender y permitió que le crucificasen, diciendo: «Ha llegado vuestra hora y la de la potestad de las tinieblas (7).»

(1) Apoc. XI, 8.

(2) Apoc. XI, 3.

(3) Joann. VII, 31.

(4) Joann. VIII, 50.

(5) Luc. IV, 27.

(6) Joann. VIII, 20.

(7) Luc. XXII, 53.

Elias y Enoch serán invulnerables durante 1260 días. En seguida parecerá que Dios les ha abandonado, á fin de que el Anticristo pueda procurarles la corona del martirio. No podrán ya obrar milagros, mientras que el hombre luicuo los hara brillantes. Entonces «lo vencerá y les quitará la vida (1).» Certa piadosa leyenda nos refiere, que serán crucificados como lo fué el divino Salvador. «Sus cadáveres yacerán en las plazas de la grande ciudad, que se llama misticamente Sodoma. Y las gentes de las tribus, y pueblos, y lenguas, y naciones estarán viendo sus cuerpos por tres dias y medio: y no permitirán que se les dé sepultura. Y los que habitan la tierra se recogerán con verlos muertos, y harán fiestas: y se enviarán presentes los unos á los otros, á causa de que estos dos profetas atormentaron á los que moraban sobre la tierra (2).»

XIII.

APOCEO DEL PODER DEL ANTICRISTO.

El Anticristo, sobre todo, cantará victoria. «Abrirá su boca en blasfemias contra Dios, blasfemando de su nombre y de su tabernáculo, y de los que habitan en el cielo (3). Todo le saldrá bien, al parecer, á ese rey impio (4). Se alzará contra todo lo que se dice Dios, superior al Dios de los dioses (5). Hablará con arrogancia (6).» Numerosas aclamaciones lisonjearán su orgullo: de todas partes le aclamarán, diciendo: «¿Quién hay semejante á la bestia? y ¿quién podrá lidiar con él (7)?» Finalmente: «todo le saldrá conforme á sus deseos, hasta tanto que se despliegue la cólera divina (8).»

(1) Apoc. XI, 7.

(2) Apoc. XI, 8 et seq.

(3) Apoc. XIII, 6.

(4) Dan. VIII, 12.

(5) II Thess. II, 4, y Dan. XII, 36.

(6) Dan. XI, 36.

(7) Apoc. XII, 4.

(8) Dan. XI, 30.

CAPÍTULO III.

LA CONSUMACION.

ARTÍCULO I.—Reaccion divina contra el Anticristo y sus secuaces.

§ 1.—Resurreccion de Elias y de Enoch.

Pero al cabo de tres dias y medio, después del martirio y de la muerte de los dos profetas, entró en ellos por virtud de Dios el espíritu de vida: y se alzaron sobre sus pies, con lo que un terror grande sobrecojió á los que los vieron. En seguida oyeron una voz sonora del cielo, que les decia: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube: y sus enemigos los vieron. Y en aquella hora se sintió un gran terremoto, con que se arrojó la décima parte de la ciudad; y perecieron en el terremoto siete mil personas: y los demás entraron en miedo, y dieron gloria al Dios del cielo (1).»

¿Qué debemos pensar de esa narracion tomada integralmente de la Escritura? ¿Es una alegoría? ¿Es historia? El mayor número de los Padres y de los Doctores, entre otros, san Hipólito, Tertuliano, san Ambrosio, san Gregorio, Ricardo de San Victor, santo Tomás (2), creen que san Juan ha referido aquí un hecho histórico. Otra de las reglas de la interpretación de la Escritura, es tomar siempre el sentido obvio y literal de las palabras, cuando no media una razon para obrar de otra manera. En el texto, que acabamos de citar, nada nos obliga á prescindir del sentido literal para transformarlo en alegoría. Todo al contrario; esta glorificación anticipada de Elias y de Enoch conviene perfectamente á la justicia y á la bondad divina. Nada mas propio para reanimar el valor de los fieles abatidos y desolados, después de la muerte de sus jefes; como nada más á propósito para precipitar al Anticristo á emprender una empresa extravagante, que le será fatal.

(1) Apoc. XI, 11 et seq.

(2) Hippol. de Antich.—Tertull. lib. animas—Ambros. in ps. 45.—Gregor. 44 moral. c. 11—Thom. in XI Apoc.

§ 2.—Fin del Anticristo: destruccion de su imperio.

I.

El Anticristo no sobrevivirá sino treinta dias á Elias, y á Enoch, en la hipótesis, que parece cierta, de la aparición simultánea del hombre del pecado y de los dos profetas. Por esto dijo Tertuliano, que la sangre de Elias y de Enoch causará la muerte del impio (1).

A fin de contrarrestar el efecto, que en el pueblo producirá la resurreccion y a ascension de los dos mártires, el Anticristo anunciará su propósito de subir al cielo.

acompañado de una gran multitud, sentará su pabellon sobre el monte Apadno, ó sobre el monte ilustre por la ascension de Cristo; subirá hasta la cumbre (2), y probará, dicen san Ambrosio, S. Jerónimo, y santo Tomás, elevarse al cielo como otro Simon. Empero Dios precipitará, sobre este monte, al hombre que habrá encadenado á todos los pueblos, al hombre que habrá envuelto á todas las naciones en las redes de su tiranía. Todo ha concluido ya: la paciencia de Dios se ha agotado. «El Señor Jesús exterminará á su enemigo con el resuello de su boca, y lo destruirá con el resplandor de su presencia (3).» Entonces la tierra se entreabrirá: «la bestia, y con ella el falso profeta, fueron lanzados vivos en un estanque de fuego que arde con azufre (4).» Sus emisarios: «serán muertos con la espada que sale de la boca del que está montado en el caballo blanco (5).» De esta suerte se dispararán, en un instante, la gloria, el poder y el imperio del Anticristo, al cual pueden aplicarse, con verdad, estas palabras de la Escritura: «Viyo al impio sumamente ensalzado, y empuñado como los cedros del Líbano: pasé de allí á poco, y hé aqui que no existia ya: le busqué; mas ni rastro alguno de él pude hallar (6).»

(1) Lib. de Anima.

(2) Dan. XI, 45. Apadno, monte situado entre el mar Caspio y el mar Pérsico, lugar donde pereció Antiocho Epifanes, figura del Anticristo, segun unos; el monte de los Olivos, segun otros.

(3) II Thess. II, 8.

(4) Apoc. XIX, 20.

(5) Apoc. XIX, 21.

(6) Ps. XXXVI, 35.

ARTÍCULO II.—Reaccion divina contra el mundo, que ha querido y merecido el gobierno del Anticristo.

§ 1.—Intervalo entre la muerte del Anticristo y el fin del mundo.

El fin del mundo no vendrá inmediatamente después de la muerte del Anticristo; á los hombres se les concederá un intervalo de cuarenta y cinco dias, sin duda para que tengan tiempo de hacer penitencia (1).

(1) Entonces, indudablemente, será cuando los Judíos, partidarios del Anticristo, desengañados por la muerte de este infame, se convertirán al Cristianismo, y se realizará la profecía de San Pablo: *Todo Israel se salvará*. Muchos comentadores, sobre todo modernos, tienen, acerca de este punto, una opinion diametralmente opuesta á la nuestra. Segun ellos, la Iglesia debe representar las diferentes fases de la vida mortal resucitada y celestial de Jesucristo. Estudiando la historia de la Iglesia, han creído encontrar en ella, en los trescientos años de persecucion, la imagen de la infancia perseguida del Salvador. Desde el siglo iv, hasta el xvi, la Iglesia ha disfrutado, relativamente, de tranquilidad: es la imagen de la vida pacífica de Jesús en Nazareth. Desde el siglo xvi la Iglesia está turbada, los gobiernos la inquietan; pero ella continúa predicando por do quiera á pesar de los obstáculos de todo género, que le suscitan los nuevos fariseos. Esta época puede llamarse la era de las misiones. Es la imagen de la vida agitada de Jesucristo durante los tres años de su predicacion. Finalmente, tocamos á la hora de la potestad de las tinieblas: la pasion de la Iglesia vá á comenzar con el Anticristo. Pero muy pronto vendrá a hora feliz de la resurreccion de la Esposa de Cristo. Esta hora corresponde á los dias que Jesús pasó en la tierra antes de subir al cielo. Durante este tiempo de regeneracion universal, la Iglesia, dicen algunos, será gobernada por pontifices resucitados. El *Pastor angélico* de la profecía de San Malaquías, inaugurará esta serie de Papas en el estado de gloria. ¡Bella y seductora es tal razon de conveniencia! Em-